

tita, Chantillo, Divisa, Helarite, Colula, Caradon.

Premio Peniciles — 1300 metros — Mont Pelee, Espiga de Oro, Yacaré, Caradon, Fakir, Nubla, Kruger, Triton.

Premio Taboba — 2000 metros — Bruma, Amina, Proclama, Chantill, Figaro, Suvisa.

El handicap hoy a las 4 p. m.;
El forfait mañana 16 a las 4 y 1/2 p. m.

TUPAMBAE

(Del diario de la campaña)

(CONTINUACIÓN)

23 de Junio — Una densa neblina oculta al sol y tiende un manto brumoso sobre las cosas. Las caras comienzan a divisarse: unas alegres; otras fatigadas, las más ennegrecidas por la pólvora.

El espíritu se anima e intimamente se experimenta grata satisfacción al sentirse sano y salvo y sin oír el estruendo atronador de la vispera.

Entonces comienzan las charlas, amanzadas por relatos pintorescos, dichos espontáneos y comentarios llenos de gracia.

Mientras se revuelca el churrasco en las cenizas, se suceden los cuentos sin interrupción y ya se refiere una peligrosa aventura corrida con un *mul arriao*, ya la hazaña de un oficial, ó toma la conversación un giro triste para recordar las excelencias de tal ó cual compañero caído, su guapeza en la guerrilla y sus bondades infinitas.

Las *carchas* salen a relucir, pasan de unas manos a otras y se saluda con comentarios la variedad de objetos recogidos en el campo: botas, capotes, cananas, armas, ponchos y mil otras cosas que siempre vienen a pedir de boca, apesar de su fúnebre procedencia, al poseedor afortunado, que las enseña como el más preciado título recogido en momentos de lucha.

En las 8 a. m., todavía no hay indicios de enemigos, cuando de pronto se siente una descarga, luego un tiroteo y por último vuelve otra vez la calma.

¡Ah toros! exclaman algunos — ¡todavía les quedan guampas — mientras hacen jugar las armas para cerciorarse de su regular funcionamiento.

Es indudable que son las guardias y esto da la certeza a las reservas de que el enemigo no se ha retirado y de que espera nuevamente el ataque.

Vuelve otra vez a agitarse el campamento y se ve a unos que limpian armas, a otros que aprontan los caballos y a los ayudantes que van de aquí para allá transmitiendo órdenes ó llevando munición.

Entran primeramente a la línea, las divisiones que no se habían encontrado el día anterior, 5.ª, 10, 11 y parte de la 13 con sus jefes, coroneles Miguel Aldama, Francisco y Mariano Saravia y Guillermo García, como así mismo las del día anterior, salvo cuatro ó cinco que, sin un tiro, acuden al parque para entrar después de protección.

Los desarmados, así como el parque, permanecen en el mismo sitio; las fuerzas que van a ocupar la línea se cruzan por todos lados buscando su acomodo y todos los aprestos denuncian la inminencia de otra pelea, mientras el sol, rompiendo con sus rayos la niebla que le ocultaba, asoma perezoso como si se sintiera cohibido para presenciar el terrible duelo.

Pocos momentos transcurren y sin preámbulos ni exordios, una descarga unisona atruena el aire, avisando a todos que el encuentro se inicia nuevamente.

Nada detiene a nuestros soldados, que con verdadera fuerza cargan a las trincheras, donde un horrible fuego los espera.

Cargan otra vez y otra vez se entreveran ardientes.

Nuevamente se emprende el ataque: el mismo resultado, continuando en esta forma la pelea, desde las 9 a las 11 a. m., bajo un fuego mortífero, horrendo, jamás escuchado en nuestras guerras.

A esta hora la lucha se localiza; se ven claramente las dos líneas, una en el valle y otra en la cerrillada y se divisa la artillería de ambas partes, que ocupando los cerros dominantes, parece se saluda con certesa, por la uniformidad que guardan en los disparos.

Son las 12; después de tres horas mortales de horrible choque nada se decide y que a esa altura del combate el éxito definitivo consiste en sacar al enemigo de sus formidables posiciones.

Se le ha buscado y es necesario cargar hasta donde sea posible.

Mucha de nuestra gente está sin munición, por lo que el fuego se hace más débil, mientras los gubernistas tiran con furia loca una verdadera granizada de balas.

Se acude al parque y allí una gran decepción espera a los combatientes: no hay un solo tiro.

Entonces la pelea toma un giro heroico.

Se hace avanzar a los tiradores haciendo el aparato de apuntar con el arma, para en caso muy apurado, solo hacer dos descargas.

Avanza otra guerrilla y efectúa la misma operación, mientras la anterior hace evoluciones y escaramuzas simulando nuevos ataques.

Tal vez los gubernistas adivinan la maniobra por que intentan un avance, donde se ve a más de un guapo oficial, que a caballo, arrogante, conduce a su guerrilla intentando llegar a nuestro campo, operación que no

dá resultado ante el coraje de los nuestros que salen resueltamente al encuentro, para tirarles talvez la última bala a cien metros y hacerles retroceder.

Ante tanta bravura, los gubernistas se limitan a parapetarse y esperar nuevos ataques que se llevan de tarde en tarde, cuando uno que otro oficial de los nuestros consigue algunos tiros. Nuestra derecha avanza y consigue dominar las posiciones enemigas. En cambio, a la izquierda, donde el enemigo ha apostado lo grueso de su ejército, las cosas se desenvuelven rápidas.

Como allí el fuego ha sido más incesante, pronto nuestros soldados quedaron sin munición, frente a batallones disciplinados que vomitan plomo y metralla.

Entonces el general pone en juego a los lanceros. Como los caballos no dan para cargar a lanza, se preparan los diversos ataques con guerrillas intercaladas a lanza y fusil. — Avanzan todos: los lanceros amagando carga y los tiradores ocultando el arma.

Los del gobierno forman grupos a bayoneta calada y es entonces cuando nuestros tiradores aprovechan la oportunidad para hacer disparos certeros.

Al sentir la descarga, los gubernistas vuelven a tender guerrilla, y es aprovechando estas confusiones que los lanceros llegan a su lado, se produce el entrevero y las moharras se tiñen de sangre.

Esta operación se verifica varias veces y se carga resueltamente a la voz de «el general», que destacándose de todos por su blanco sombrero y su luciente chapeado, vá de aquí para allá, acomodando guerrillas, arengándolas y hasta iniciándolas en la pelea.

El coronel Lamas, con el estado mayor, está en la cumbre del cerro desde donde dirige los tiros de artillería y ametralladoras y observa con toda calma los movimientos de la línea.

Llega un instante en que la derecha enemiga comienza a replegarse, y ante la orden de avanzar dada por el estado mayor, nuestras guerrillas lo hacen y vuelve a recrudecer el ataque aunque infructuosamente, pues los del gobierno, al notarlos escasos de munición, vuelven a parapetarse.

A la 1 p.m. la lucha empieza a languidecer y parece que por mutua convención hubiera el empeño de terminarla.

Breves instantes después el fuego cesa y salvo uno que otro disparo de artillería, reina la calma en las dos líneas, que permanece cada una en su campo observándose recíprocamente.

La pelea ha terminado.

No hay vencidos ni vencedores, el furor de unos y otros se ha aplacado ante la evidencia de una lucha estéril y salvo las medidas de orden — destacamento de guardias avanzadas — cada uno se entrega a la tarea humanitaria de enterrar muertos y curar heridos, de los cuales — los nacionalistas — se encuentran asilados en tres casas inmediatas al campo de batalla, donde los médicos y practicantes, secundados por los vecinos, aplican vendajes y efectúan lavados.

El general, después de dar orden de acampar a las divisiones, que lo hacen sobre el campo de la pelea, vuelve a las casas.

Su rostro, antes encendido, está alegre. La victoria es suya y sin pronunciar una palabra, abraza a sus dos hijos heridos y a su secretario y ayudantes, que en el lecho del dolor pagan la osadía de haberle acompañado en difíciles cruzadas.

Su corazón, lucha con su cabeza. Tiernos afectos le atraen a aquellos lechos, mientras su deber está en otra parte.

ISMAEL CORTINAS.

(Continuad.)

Ministerio de Fomento

El Gobierno autorizó a la Junta E. Administrativa del departamento de Canelones, para aplicar en la prosecución de la carretera de la Paz a las Piedras, la suma de seis mil pesos, procedente del exceso de la Contribución Inmobiliaria, correspondiente al Ejercicio 9 31 01.

Se autorizó a la Compañía de Aguas Corrientes, para introducir, libre de derechos, trescientas veinte chapas galvanizadas y dos cascos conteniendo tornillos y arandelas necesarias para las mismas.

Se otorgó cédula de jubilación al maestro de la Escuela de segundo grado número 1 de la ciudad de la colonia, señor don Eugenio M. Araúz.

El Gobierno autorizó a la empresa del ferrocarril y Tranvia del Norte para la introducción de un cajón, que contiene piezas de locomotoras.

Estos artículos están sugetos al pago del derecho de 5 % de importación con más el 2 y 1/2 de patente adicional.

También se concedió autorización a la empresa de luz eléctrica para la introducción libre de derechos, de materiales destinados al consumo de la misma.

La Oficina Técnica Administrativa de las Obras del Puerto de Montevideo, remitió al Ministerio de Fomento, la relación número 8 del transporte de arena, correspondiente al mes de Octubre próximo pasado, efectuado con el material de dragado perteneciente al Estado.

El Departamento de Ganadería y Agricultura, se dirigió al Ministerio de Fomento, solicitando que la Oficina de Impuestos Directos permita a los empleados de dicho Departamento, la formación de registros departamentales, con el catastro de todos los